

DOLENCIAS DEL ESPÍRITU Y DEL CUERPO DE ESTEBAN ECHEVERRÍA * (1805-1851)

por el Académico DR. RAÚL F. VACCAREZZA **

La magnitud del astro es demasiado grande para ajustarse al limitado y común bosquejo aplicado a los componentes de esta luctuosa nómina.

Por lo mismo, daremos por suficientemente conocida la obra entera del prócer, su producción múltiple y trascendente en los dominios de la poesía y de la narrativa con altos exponentes estéticos, políticos y sociales. Suficientemente apreciadas sus ideas, principios y doctrinas con su punto de apoyo básico en Mayo y su proyección en la historia de la organización nacional.

Al proceder así nos sentimos respaldados por los cuantiosos e importantes estudios y ensayos biográficos que le han sido consagrados, larga serie de libros y tratados que podría ser iniciada con los de Juan María Gutiérrez (*Obras Completas de don Esteban Echeverría*, t. 5, 1874) y cerrada, acaso arbitrariamente, con los de Alberto Palcos (*Historia de Echeverría*, 1960). Y si no contamos con una ordenada autobiografía, se dispone, en cambio, de un abundante y elocuente epistolario (*Páginas autobiográficas de Esteban Echeverría*, Eudeba, Buenos Aires, 1962).

Por las razones antedichas sólo nos ocuparemos de los atributos psico-somáticos de José Esteban Antonino Eche-

* Fragmento de un estudio sobre escritores argentinos ultimados por la tuberculosis.

** Ex Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

verría, a través de su vida, de sus reiteradas y persistentes dolencias, de sus desequilibrios nerviosos y de la enfermedad que lo condujo a la muerte a la edad todavía temprana de 45 años. Por cierto, tendremos que referir algunas circunstancias de tiempo y medio para encuadrar y explicar tales padecimientos.

Huérfano de padre desde la infancia, a los 15 años irrumpe en una adolescencia turbulenta, desatada y licenciosa. Dejemos que el propio protagonista nos informe al respecto. En unos apuntes anota: "Hasta la edad de diez y ocho años fue mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre y alguna vez la reflexión", y en una carta dirigida a Juan María Gutiérrez en julio de 1836 pormenoriza: "Cuando tenía 15 años, unos amoríos de la sangre, un divorcio y puñaladas en falso, escandalizaron medio pueblo Cuando contaba 18 años, conocíanme muchos por carpetero, jugador de billar y libertino".

En 1822 la madre cae enferma y el hijo se siente culpable de ser la causa, por sus excesos, de la profunda "melancolía que la consume". En sus últimos momentos reclama la presencia del vástago y en escena patética le ruega que no olvide sus lecciones, que no se deje arrastrar por las pasiones y abrigue aspiraciones elevadas. Estas palabras conmocionan íntimamente a Echeverría que sufre prolongado letargo y cuando se recupera la madre ha fallecido y está ya sepultada. El sentimiento de autoculpabilidad por haber abreviado involuntariamente la vida de la madre provoca una profunda crisis moral, con decidido y radical cambio de su comportamiento existencial. A ese efecto se aparta de los amigos, se aísla unos meses en el campo en contacto con la naturaleza, y al retornar a la ciudad ingresa, en 1823, como dependiente de aduana de la casa de S. Lezica y Hermanos, donde permanece hasta octubre de 1825, momento en el que parte para Francia.

Con las levantadas virtudes intelectuales de Echeverría —inteligencia superior, poder creativo, originalidad ideológica, innovador lírico, pensador político y social, etc.— se confunden desarmonías y desequilibrios variados: fases de depresión y de excitabilidad, nerviosismo, inestabilidad emocional, inquietud, tristeza, angustias, etc. Era en rea-

lidad un espíritu neurótico con permanente imperio del sentido de la soledad. De ahí que P. Rojas Paz haya intitulado su estudio biográfico *El pastor de las soledades* (1951). En 1823 se consideraba ya solo en el mundo y en carta dirigida a un amigo le recuerda: "Tú sabes que no tengo pariente ninguno cercano...". Manifestación extraña en quien tuvo ocho hermanos, con el mayor de los cuales, José María, mantuvo correspondencia desde París y compartió posteriormente negocios rurales. Y en un verso de *Los Consuelos*, el primer libro argentino de poesías (1834), expresa como deseo: "Morir, como he vivido, solitario". Quien gozó del privilegio de amistades dilectas y devotas —J. M. Fonseca, J. M. Gutiérrez, J. B. Alberdi, V. F. López y tantos más— a los que su palabra rectora dispuso para la acción, se denunciaba afligido de soledad. En la epístola antes citada agregaba: "...he sido tan desgraciado en mis primeras amistades, que no apetezco adquirir otras por no chasquearme de nuevo". Y al parecer tampoco ejercen influencia sobre aquel sentir su intensa vida galante de amador afortunado, asediado por las mujeres hasta los fines de su existencia.

Alto, pálido, de constitución débil, desde la juventud se consideraba de naturaleza enfermiza. En carta datada en 1823 confiesa que pretexta esa causa para no concurrir a tertulias y reuniones sociales.

En el transcurso de 1825, Echeverría presenta una serie de padecimientos que lo convencen para siempre de que está enfermo del corazón: palpitaciones, arritmia, dolores precordiales, etc. Estas manifestaciones que se repiten por períodos a lo largo de su vida, no deben corresponder a una afección orgánica, sino a trastornos funcionales dependientes del sistema neurovegetativo condicionados por factores morales y emocionales (estados angustiosos, amarguras, preocupaciones, disgustos, etc.). La evolución de las molestias confirma esta interpretación causal; en efecto, al partir para Europa, a fines de ese año, dichos fenómenos se atenúan durante el viaje y desaparecen a poco de radicarse en París, como lo anuncia en misiva dirigida a su hermano José María, en julio de 1826: "...felizmente me hallo muy bien, y aun casi curado de las enfermedades y dolencias que me agobiaban". Durante los cuatro años que permaneció en dicha ciudad consagrado a estudios

científicos, filosóficos y artísticos, no volvió a sufrir aquellos malestares.

Echeverría, espíritu romántico innato, como lo prueba su correspondencia de los años mozos (1822-23), durante su estada europea asimiló sin esfuerzo el romanticismo francés, de ideología social y estética que introdujo en nuestra literatura.

Al regresar a Buenos Aires, en junio de 1830, encuentra a Rosas en el gobierno, con plenos poderes, situación que afecta al recién llegado en su vocación de libertad y en sus planes y aspiraciones de reforma social. No transcurre largo tiempo sin que reaparezcan sus alteraciones cardíacas que lo sumen en estados depresivos. En busca de alivio a sus males permanece, en 1832, seis meses aislado en una estancia de Mercedes (Uruguay) sin lograr mayor beneficio.

Veamos cómo Echeverría ha descripto sus padecimientos: "Dolores insoportables y palpitaciones irregulares y violentas desgarraban mi corazón. El más leve ruido, la menor emoción hacía latir fuertemente mi pecho y todas mis arterias".

El cerco de persecuciones va en aumento y en julio de 1837 se deben interrumpir las reuniones del Salón Literario, disponiendo Echeverría la dispersión de los asistentes habituales. El mismo se recluye en "Los Talas", la estancia del hermano mayor, situada entre Luján y San Andrés de Giles. En ese apartado lugar mantiene contactos personales para orientar la lucha contra Rosas y ahí le toca vivir el hondo dolor de los trágicos acontecimientos ocurridos en ese momento (1839): el asesinato de Maza y fusilamiento del hijo, el desconsolador desastre de la Insurrección del Sur que contaba con su adhesión, el asesinato del Dr. Alejandro Heredia, gobernador de Tucumán, etc.

Echeverría, hombre de letras, controla su pena por el desgraciado y horrendo fin de la Insurrección del Sur componiendo un poema sobre ese hecho histórico que sería recién publicado en 1849 en Montevideo. Igual reacción poética se opera cuando en 1841 su discípulo y amigo Marco A. Avellaneda es degollado en Metán.

No obstante su limitada acción ejecutiva, Echeverría por su adhesión a los hacendados del sur y por algún compromiso firmado contra Rosas, se siente ahora inseguro en "Los Talas" y decide expatriarse. Se traslada primero a Colonia (octubre 1840) y luego a instancias de Alberdi a Montevideo (junio 1841). Desde luego, en todo este período de amargura y zozobra nuestro poeta insiste en que sigue "enfermo del corazón".

Con estados anímicos y procederes contradictorios, Echeverría no fue, en verdad, un protagonista de acción directa; actuó esencialmente por influencia de su pensamiento poderoso. No desempeñó en nuestro país ninguna función pública; fue designado miembro del Instituto de Instrucción Pública (1847) y del Primer Consejo de la Universidad de Montevideo, a raíz de la composición del *Manual de Enseñanza moral, para las Escuelas primarias del Estado Oriental* (1846). El poeta no dejó de reclamar sobre esa invocada inacción y lo hizo en 1844 con estos términos: "¿De qué cabeza salieron casi todas las ideas nuevas de iniciativas, tanto en literatura como en política, que han fermentado a las jóvenes inteligencias argentinas desde el año treinta y uno adelante? ¿Quién a mediados del treinta y ocho promovió y organizó una asociación de jóvenes capacidades argentinas y levantó primero en el Plata la bandera revolucionaria de la Democracia...?" y otros méritos similares.

Ya en Montevideo se debate en la miseria, la soledad, las dolencias, las desavenencias e inamistades con federales y unitarios y hasta la seguridad de su próxima muerte.

Sobre esta última obsesión, su discípulo J. M. Gutiérrez anota: "La sombra de la muerte le siguió por muchos años: pasó la vida al borde del sepulcro; cada uno de sus versos es un quejido, cada una de sus producciones una larga lucha entre su espíritu sano y su cuerpo encorvado bajo la enfermedad". Y en esa década del 40 era muy frecuente hallar en las postdatas de su correspondencia con los amigos ausentes, como despedida: "para un largo viaje del cual no volveré jamás".

En enero de 1842 se alista en la 5ª Compañía de la Legión Argentina para defender a Montevideo del sitio

de Oribe y de Brown, pero esta singular actuación militar fenece a poco de iniciada por "una afección al pecho, de mal carácter que le ha aumentado gradualmente por el ejercicio sin haber atendido su curación". Primera manifestación significativa de la afección consuntiva que se desarrolló paulatinamente en los años subsiguientes.

Con todo, no declina su exaltación sexual. Desde Río de Janeiro el distinguido clínico uruguayo, Dr. Teodoro Vilardebó, temeroso de los avances de la tisis, le recomienda a fines de 1845 a fuer de médico y amigo que no sea tan enamorado. Y a comienzos de 1846 en una carta dirigida a Andrés Lamas apunta: "... siento que esta vida que he deshilvanado se me va". En otra misiva de octubre de 1846 enviada a Chile conjuntamente a Gutiérrez y Alberdi, que no está ya escrita de su puño y letra, les declara: "Esta maldita cabeza anda maleando hace año y medio... Estoy flaco como un esqueleto..., converso cien veces al día con la muerte hace cerca de dos años".

Las cartas de 1850, cuya escritura ha sido encomendada siempre a otra persona, permiten descontar su próximo fin. El paciente expira en la mañana del 19 de enero de 1851 en la soledad de su pobre habitación de desterrado. Entre los autores (Rojas, Palcos, Furst, etc.) hay acuerdo en que "la vida del poeta se extinguió en consunción de una afección pulmonar".

El gobierno uruguayo costea sus exequias y es sepultado en el Cementerio de la Matriz con la presencia de autoridades, amigos, literatos, educadores y pueblo. Sus restos fueron colocados en un nicho y al ser luego removidos desaparecieron definitivamente. Hay versiones distintas sobre el retiro del ataúd, apilado con otros en las proximidades donde no pudieron ulteriormente ser hallados no obstante las repetidas investigaciones y húsquedas efectuadas. Sus restos fueron seguramente arrojados al osario común. Triste sino el de este convencido y sempernito solitario cuyas inidentificadas reliquias han yacido confundidas con las de la anónima comunidad.

Deliberadamente no hemos analizado las diferentes obras del inspirado poeta y gran idealista. Nos ha interesado evocar al hombre en la intimidad de su pensamiento,

de su espíritu, de sus sensaciones, de sus enfermedades del cuerpo y del alma. Delacroix, el eminente pintor del romanticismo, contemporáneo de Echeverría, escribió a los 14 años en un cuaderno escolar: "Le corps et l'ame sont deux amis qui ne se peuvent quitter et deux ennemis qui ne se peuvent souffrir".

Es evidente la pluralidad de nuestro personaje, Proteo talentoso de múltiples facetas.

La actividad lírica, ejercida desde las postrimerías de su estada en París, fue una vocación firme y arraigada que nunca dejó de cultivar. Producción profusa en la década del 30, con *Elvira o La Novia del Plata* (1832), *Los Consuelos* (1834), *Rimas* (1837), que incluye *La Cautiva*, con la revelación del misterio de la pampa, y otras más.

A las decepcionantes derrotas revolucionarias y al trágico sacrificio de los amigos responde componiendo poemas sobre los hechos acaecidos "para desahogar mi pecho y adormecer un tanto mi dolor".

En el sector narrativo del campo literario no debe quedar sin mencionar *El Matadero* (1836), primer cuento argentino con realista exposición de ciertas costumbres porteñas de la época.

La segunda gran vertiente de su poder intelectual fue el pensamiento y la obra ideológica de orden político, social y cultural citados anteriormente.

La muerte arrebató al maestro de la generación de 1837 un año y días antes de Caseros. No tuvo la satisfacción de asistir a la liberación de la Patria con la caída de Rosas y de contribuir posteriormente a la organización social del país, de orden federativo y democrático. En sus postreros años había culminado su labor ideológica al crear, en 1846, la Asociación de Mayo, en sustitución de la Joven Generación Argentina y al reeditar ampliado el *Código o declaración de los principios que contienen la creencia social de la República Argentina*, dio origen al *Dogma Socialista*, su obra de mayor trascendencia histórica.